

ALBERT POISSON

NICOLÁS FLAMEL



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

*Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro.
Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.*

Colección Estudios y Documentos

NICOLÁS FLAMEL

1.ª edición: septiembre de 2022

Título original: *Nicolas Flamel, Histoire de l'Alchimie*

Traducción: *Mario Martínez de Arroyo*

Corrección: *M.ª Jesús Rodríguez*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2022, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-905-0
Depósito Legal: B-11.293-2022

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Historia y leyenda de Nicolás Flamel y de Pernelle	13
Capítulo 1	15
Capítulo 2.....	25
Capítulo 3.....	41
Capítulo 4.....	51
Capítulo 5.....	59
Capítulo 6.....	73
Capítulo 7.....	89
Capítulo 8.....	105
Capítulo 9.....	121
Cronología de la vida de Flamel	141
Índice de las fuentes bibliográficas.....	143

PRÓLOGO

Cuando después de varios años de laboriosas investigaciones, llegamos por fin a encontrar de nuevo la clave de la Alquimia, a poder explicar los oscuros tratados de los Lulio y de los Bacon, y arrojar alguna luz sobre esa ciencia hoy desacreditada, por ser mal comprendida, se presentó de pronto a nuestro espíritu la idea de hacer una exposición de la Alquimia, sus principios y su historia, en una serie cíclica de obras que trataran cada una de la Filosofía Hermética según cada uno de sus diferentes aspectos. Se lanzó un primer volumen: *Cinq traités d'Alchimie*, simple traducción, como ensayo, por decir así; el resultado obtenido nos alentó para continuar la serie comenzada. Los cinco tratados, traducciones de algunas obras de Rogelio Bacon, Arnaldo de Vilanova, Alberto el Grande, Raimundo Lulio y Paracelso no se dirigían más que a los iniciados, capaces de leer con interés un tratado de Alquimia en el texto; no tenían notas ni comentarios que pudiesen ilustrar al profano, sino un glosario de algunas páginas, *memento* más que diccionario.

Enseguida apareció el segundo volumen: *Théories et symboles des alchimistes*.¹ Era una exposición metódica de las teorías herméticas, desde los griegos hasta nuestros días, una explicación razonada de los símbolos alquímicos cuyo origen se halla en Egipto, y que adquirieron una gran difusión cuando la Alquimia se dirigía hacia su apogeo, es decir, hacia finales del siglo xv.

De esas dos obras, la una es un enigma presentado a los investigadores, a los ocultistas, la segunda es su solución.

En espera de los otros tratados sobre la teoría alquímica, ese último volumen bastaba para dar la comprensión de la mayor parte de los herméticos de la Edad Media y de los tiempos modernos. Por otra parte, nos ha parecido inútil publicar los diversos tratados de la «Enciclopedia Alquímica» en su orden absoluto; hemos preferido seguir el azar de nuestros estudios.

En la historia de la Alquimia, dos filósofos nos parecieron merecer los honores de una monografía, son Paracelso y Nicolás Flamel; el primero a causa de la importancia de su obra, el segundo a causa del gran número de detalles que poseemos sobre su vida. En fin, son tal vez, con Alberto el Grande, los más conocidos de todos los alquimistas. Y para no hablar más que de Nicolás Flamel, su celebridad en Francia es tan grande, que no hay, sin duda, un intelectual que no conozca su leyenda. Su casa, que aún existía en nuestro siglo, ha ocupado más de una vez a los arqueólogos; los ro-

1. Hay traducción española de Juli Peradejordi, *Teorías y símbolos de los alquimistas*, Ediciones Obelisco, Barcelona 2021.

mánticos, enamorados de la Edad Media, se han servido con frecuencia del nombre de Flamel; pero todo esto no es nada en comparación con la fama del ilustre adepto en los siglos pasados, y sobre todo en el XVII y el XVIII. Su casa y sus diferentes fundaciones eran entonces lugares de peregrinación alquímica. Ningún discípulo de Hermes, francés o extranjero, habría pasado por París sin ir a visitar la casa de la calle de los Escribanos y los dos arcos, cubiertos de símbolos, del Cementerio de los Inocentes. Es un hecho que Flamel fue considerado después de su muerte, sobre todo en Francia, como uno de los más grandes maestros de la Alquimia; sus obras fueron más tarde muy solicitadas, en especial las que sólo existían en manuscrito; las copias se multiplicaron, particularmente en los siglos XVII y XVIII, prueba evidente de la fama que gozaba Flamel entre los herméticos. Además, este adepto es el tipo del verdadero alquimista, que trabaja sin cesar, jamás cansado, nunca desalentado, compartiendo su tiempo entre la oración, el estudio y el laboratorio, sin desear la Ciencia más que por ella misma y, por fin, al conseguir su objeto, empleando en buenas obras la riqueza adquirida, continuando su propia vida sobriamente. ¿Qué otro alquimista podría ofrecernos una vida tan bien empleada? Otros, como Sethon, Kelley, Bacon, nos muestran una existencia más movida, más dramática, pero menos rica en documentos psicológicos.

Y por fin, no eran ésas las únicas razones que nos han determinado a escribir la monografía de Flamel; mientras que los trabajos biográficos se han multiplicado para Alberto el Grande, Paracelso, Van Helmont, Raimundo Lulio y Ar-

naldo de Vilanova, no existía sobre Flamel más que la historia del abate Villain, rica en documentos, pero mala en el sentido de que es terriblemente parcial y que el autor se esfuerza para demostrar una tesis preconcebida: que Flamel no fue nunca alquimista. Para nosotros, en cambio, se ocupó de la Alquimia, pero no pretendemos imponer nuestra opinión, daremos nuestras razones y el lector juzgará en última instancia. Todo hecho, por mínimo que sea, será discutido y pesado con la mayor imparcialidad; tendremos que combatir varias objeciones, ya sean del abate Villain, o bien de escritores posteriores, y lo haremos tratándolas en la medida de lo posible, desde el propio punto de vista del adversario.

Que se nos permita responder a una objeción que podría presentarse, y es la siguiente: ¿para qué pasar el tiempo en estudios inútiles? Ante todo contestaremos que no hay estudios inútiles de ningún libro, por malo que sea, como decía Luciano; siempre hay en él algún provecho que sacar. Por lo tanto, un estudio cualquiera aprovecha siempre, y por otra parte, no vemos en qué es inútil el estudio de la Alquimia. Los señores Berthelot y Ruelle han producido interesantes trabajos sobre los orígenes de la Alquimia, y con seguridad se les asombraría diciéndoles que han perdido su tiempo en investigaciones inútiles.

En cuanto a los que sentencian en tono de pontífices: «¿La Alquimia? ¡Estupidez!, producto de los siglos de ignorancia, que se debe relegar con las otras antiguallas tituladas Ciencias Ocultas», a esos les aconsejaríamos que se mantuvieran un poco al corriente del movimiento científico actual. A los otros habíamos respondido con dos nombres:

Berthelot y Ruelle, a estos otros opondremos una brillante pléyade: Crookes, Aksakoff, Richet, Papus, de Rochas, Barlet, y no seguimos porque la lista sería muy larga. A los que nos presentan viejas objeciones y que creen haber aniquilado a alguien acusándolo de ocultismo, les diremos: lo oculto no existe, el milagro es imposible, en cambio, lo que existe es nuestra ignorancia actual de ciertas leyes y de ciertas fuerzas, ignorancia que nos deja mudos ante numerosos hechos; todo fenómeno es digno de estudio, todo hecho histórico bien verificado es digno de fe, si no podemos explicarlo, queda el estudiar para encontrarle una solución y, si nuestra ciencia se ve forzada a dejar más de un hecho sin explicación, sólo la duda nos está permitida y no la negación. Es casi banal decir, además, que lo que ahora nos asombra parecerá natural a nuestros sucesores, que el fonógrafo hubiera dejado estupefactos a Pascal o al abate Nollet, mientras que su funcionamiento nos parece muy sencillo, y su teoría nos es familiar. La fácil banalidad de esta respuesta demuestra que a los que hacen objeciones viejas hay que oponerles razones semejantes.

Permítasenos agradecer a nuestro público especial y a los hombres de ciencia su favorable acogida. Nos sentiremos muy felices si la Alquimia, mejor comprendida, interesa a los investigadores, y sobre todo si se desvanece el prejuicio que hacía mirar a los alquimistas como inútiles o como brillantes charlatanes. Nunca es demasiado pronto para hacer justicia a esos oscuros y tenaces laboriosos a los que debemos la Química, la más hermosa, la más noble de todas las ciencias.

Finalmente, damos gracias en nombre de todos nuestros lectores a nuestro amigo señor Taite, por haber, con ayuda de los documentos que le hemos procurado, reconstituido la verdadera fisonomía del ilustre alquimista.

A. Poisson

HISTORIA Y LEYENDA

DE

NICOLÁS FLAMEL

Y DE

PERNELLE

CAPÍTULO 1

Nacimiento de Flamel en Pontoise. Su familia. Se establece en París. Su casamiento con Pernelle. Condición de Flamel. La pequeña escuela. La Corporación de los Escribanos se traslada a los alrededores de la iglesia de Saint Jacques. Vida privada de los dos esposos. Iconografía de Flamel.

Los historiadores de la Alquimia no están de acuerdo ni sobre el lugar ni sobre la fecha del nacimiento de Flamel; no nos queda ningún documento que permita fijar la cuestión, y nos vemos reducidos a conjeturar dentro de unos diez años más o menos para su nacimiento. «Sin embargo –dice Figuiet, uniendo algunos datos más fáciles de reunir–, se encontraría, sin duda, que la época de su nacimiento no debe alejarse mucho del año 1330». Damos sencillamente esta fecha como una aproximación.

En cuanto a su ciudad natal, Moreri, así como La Croix du Maine, indican Pontoise, otros señalan París, el abate Vi-

llain no se pronuncia sobre el asunto. Ahora bien, Flamel residió toda su vida en París y, como en aquel tiempo no se viajaba y, por otra parte, su industria de escribano no necesitaba ninguna clase de traslado, tenemos el derecho de pensar, si vemos que Flamel tenía algún asunto en otra ciudad que no fuese París, que tenía parientes en ese lugar, que allí había vivido durante su infancia y que tal vez allí naciera. Descartando París, no vemos más que tres ciudades donde Flamel tuviera algo que hacer en toda su vida: Santiago de Compostela, Boulogne y Pontoise. En cuanto a Santiago de Compostela, tenemos su propio testimonio; fue en peregrinación a implorar para sus trabajos la ayuda del apóstol Santiago. Boulogne les Menuls era célebre por su iglesia, especie de sucursal del venerado santuario de Boulogne-sur-Mer, pero más bien fue Pernelle, la esposa de Flamel, la que tuvo algo allí, y Flamel, que era muy piadoso, dotó a esa iglesia por devoción sencillamente en recuerdo de su esposa. Queda Pontoise; según el abate Villain, hacia 1432, se le envió una notificación a un burgués de esa ciudad con respecto a la sucesión de Flamel, por lo tanto, este último tenía parientes en Pontoise; por otra parte, Flamel deja en su testamento un legado a la iglesia de Notre-Dame de Pontoise, situada en uno de los barrios de esta ciudad; pero esta iglesia no presenta nada de particular y no posee reliquias célebres que la señalen de un modo especial a la atención de los fieles. Por lo tanto, Flamel tenía razones particulares para dotarla, y ¿cuál más plausible ya que era su parroquia natal? Hemos descartado a París por una razón negativa. En efecto, si Flamel hubiese nacido en París, los escritores que se han ocupa-

do de él (en particular el abate Villain) y que han revisado los archivos de Saint-Jacques-la-Boucherie (parroquia de Flamel) no hubieran dejado de darnos una copia de su partida de bautismo, puesto que en esa época las actas de nacimiento, de casamiento y de defunción se hacían en la iglesia parroquial, donde eran conservadas; no lo han hecho y, por lo tanto, Flamel no ha nacido en París. En fin, cuando uno se haya ante varias hipótesis debe elegir la que presenta más pruebas, y por todas esas razones admitimos que Flamel es natural de Pontoise.

Si la duda ha planeado mucho tiempo sobre la ciudad natal de Flamel,¹ aún nos sería más difícil dar detalles exactos sobre su niñez y su juventud porque sólo abundan los datos a partir de su casamiento con Pernelle. No obstante, podemos afirmar que sus padres gozaban a lo sumo de un módico pasar, según él mismo nos lo dice: «También, digo, q' non aprendí que un poco de latín por los pocos medios de mis padres, que non obstante eran por mis mesmos envidiosos estimados gentes de bien» (*El libro de las figuras*). Así pues, Flamel sabía el latín, de lo cual nos da otras pruebas, porque en la misma obra se lee a propósito del manuscrito de Abraham el Judío: «Tandas ay que io non las sabía leer, e que io sabía bien q' ellas non eran notas ne letras latinas o galas. Porque entendemos un poco desso» (*El libro de las figuras*).

1. Después de escribir esto, hemos puesto por fin la mano sobre un testimonio afirmativo de los más preciosos, porque emana del mismo Flamel. En efecto, en el *Salterio Químico* (ver capítulo VIII), del que Pernety nos ha conservado fragmentos, Flamel se califica a sí mismo de «rural de Pontoise», es decir, nativo. Ahora la cuestión nos parece zanjada.

¡Pero Flamel es muy modesto, porque más adelante se describe a sí mismo hablando latín con maese Canches!

Respecto a la familia de Flamel, no tenemos ningún dato sobre ella, cuando mucho, sabemos que en su tiempo existía otro escribano de ese apellido, Flamel el joven, de nombre Juan, pero que no era por cierto su hermano, porque Flamel lo hubiera mencionado en su testamento, ya para un legado, ya para misas. Guillebert de Metz es quien nos habla de ese Juan Flamel, al citar los escribanos de otros tiempos: «Gobert el soberano escribano que compuso el arte de escribir e de tallar plumas, e sus discípulos q' por su bien escribir fueron retenidos por los príncipes, como el joven Flamel, por el duque de Berry; Sicart, por el rey de Inglaterra; Guillemin, por el gran ministro de Rodas; Crespy, por el duque de Orleans; Perrin, por el emperador Sigemundus, de Roma». Más adelante cita a Flamel: «Item Flamel el maior, escribano que fazía tandas limosnas e hospitalidades, e fizo varias casas donde habitaban abaxo gentes de oficio, e de la renta q' pagaban, eran mantenidos arriba pobres travalladores».

Es probable que Flamel pasase sus primeros años en Pontoise, su ciudad natal, y que después viniera a París, donde entró de aprendiz en casa de un escribano librero (tal vez Gobert), para aprender el arte de trazar hermosas letras góticas e iluminar manuscritos; en cuanto se puso bien al corriente de su oficio, trabajó por su cuenta y pudo establecerse como librero jurado en París. Es de suponer que en esa época sus padres ya habían muerto, y que fue con su modesta herencia con lo que compró el cargo de librero jurado. Sea

como fuere, vivía casi de su trabajo cuando fue llevado a contraer un enlace que le puso en una mejor situación. Su carácter igual, su piedad y su ardor para el trabajo hicieron que se fijase en él una tal Pernelle; esta «fermosa e honesta dama», ya viuda de dos maridos, Raoul Lethas y Jehan Hanigues, soportaba con dificultad la soledad y las tristezas de la viudez;² llevada por algún acta que tuvo que copiar, a entrar en relación con Flamel, le dio a entender que gustosa se casaría; aunque tenía más edad que él. Flamel no dudó y el casamiento tuvo lugar alrededor del año 1355. Esto dio por resultado numerosas ventajas para el escribano; no tenía que ocuparse de las cosas de la casa y podía reservarse por entero a su trabajo; la dote de Pernelle le permitía ampliar el círculo de sus operaciones y, finalmente, encontraba en ella una compañera fiel, llena de buenas cualidades y cuya adhesión no se debilitó jamás. De este modo, Flamel fue prosaicamente feliz durante varios años. Su oficio de escribano, tal como entonces era, le daba lo suficiente para vivir aun cuando no se hubiese ocupado de la confección de los manuscritos de elevado precio, como su cofrade Juan Flamel, y aun contentándose con hacer manuscritos corrientes y copias de actas. También Nicolás Flamel compraba manuscritos para volverlos a copiar o para revenderlos y, por lo tanto, correspondía al impresor, al editor y al librero de nuestros días. Finalmente, tenía en su casa una especie de escuela elemen-

2. Pernelle tenía una hermana, llamada Isabel, casada en segundas nupcias con Jehan Perrier, tabernero. No tuvo hijos de ese casamiento, pero sí tres del primer marido: Guillermo, Oudin y Collin. Su primer marido se llamó Guillermo Lucas.

tal, llamada «Pequeña Escuela» o «Escuela Francesa». Era la enseñanza primaria de ese tiempo la que allí se daba: se enseñaba a leer, a escribir, a contar y también los primeros elementos de la gramática francesa.

Personas de la corte, nobles señores, enviaban a sus hijos a casa de Flamel, y con frecuencia ellos mismos iban para aprender a firmar su nombre.

Flamel tenía primeramente para su comercio un puesto junto al Osario de los Inocentes, y hacía poco tiempo que estaba establecido allí, cuando la Corporación de los Escribanos³ se trasladó en masa a los alrededores de la iglesia de Saint-Jacques. Era costumbre en ese tiempo que cada Corporación se confinara en un barrio o en una calle; Guillebert de Metz, al citar las calles de París, indica al mismo tiempo los gremios que las habitaban. Así, alrededor de la iglesia de Saint-Jacques, vemos la calle de Marivaus, «en donde habitan los claveros e vendedores de alambre», las calles de «la vieja Monnoye e la Haumerie, donde se fazen armaduras». La calle donde estaba situada la iglesia de Saint-Jacques no tenía nombre, y tomó el de la Corporación que acababa de establecerse en ella, porque antes se la llamaba simplemente «calle de la iglesia de Saint-Jacques». Flamel siguió a sus colegas, compró un puesto pegado a las paredes de la iglesia y, además, un terreno en la esquina de las calles Marivaus y de los Escribanos, en cuyo terreno hizo edificar una casa.

3. El nombre de alguno de ellos ha llegado hasta nosotros, como Ansel Chardon, escribano y archivero de Saint-Jacques, Juan Harengier, que tenía su casa enfrente de la de Flamel, en la otra esquina de la calle Marivaus, etc.

Su puesto, según dice Sauval, tenía dos pies y medio de largo por dos de ancho, lo que parece demasiado pequeño, pero es preciso saber que el puesto servía únicamente para exponer los manuscritos, las muestras del arte del escribano. Éste permanecía habitualmente en dicho puesto y ahí esperaba a sus clientes y discutía los precios de compra o de venta. Los discípulos y los obreros de Flamel estaban en su casa de la calle de los Escribanos. Esta casa tenía una enseña con una flor de lis.

Flamel tenía allí la Escuela Francesa; en una sala separada, sus calígrafos y aprendices se ocupaban en la confección de los salterios y de los libros de horas, que entonces formaban la base de la librería. Uno o dos calígrafos y algunos aprendices para los trabajos pequeños bastaban ampliamente a Flamel para hacer frente a los pedidos de su clientela. Nos ha llegado el nombre de uno solo de sus obreros; era un pasante llamado Maugin, que al mismo tiempo le servía de ayudante para los trabajos de la casa a Pernelle, quien no le olvidó en su testamento.

Flamel y su mujer vivían retirados, llevando una vida muy sobria; se vestían con telas vulgares, comían en vajilla de barro alimentos sencillos y cumplían con asiduidad sus deberes de cristianos. Nunca, ni aun en el tiempo de su mayor prosperidad, se apartaron de esta sencillez; esto no concuerda con las afirmaciones del abate Villain, que nos representa a los dos esposos como llenos de vanidad. Dos criadas, Margarita la Quesnel y su hija Colette, ayudaban a Pernelle en la casa, y no era demasiado tener dos criadas, porque además de los dos esposos, comían allí los obreros.

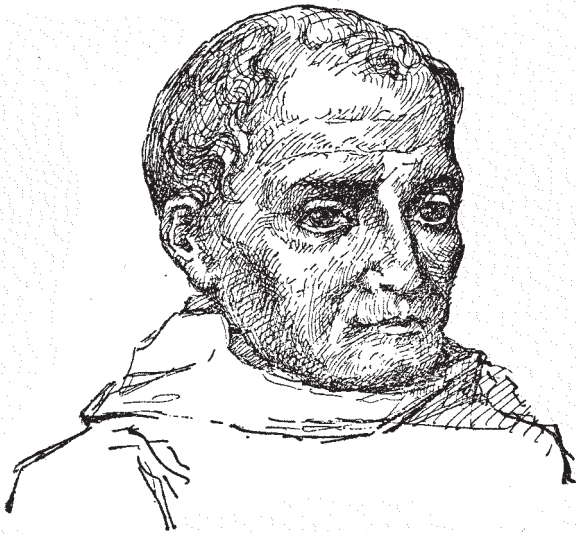


Lámina 1 - NICOLÁS FLAMEL
(Retrato de Taite)

Según los escultores cuyas reproducciones nos han llegado, Flamel era de una estatura más que mediana, de cuerpo robusto, manos finas, la cabeza más bien pequeña, la frente alta y despejada, lo que indicaba inteligencia; los ojos grandes y hundidos en sus órbitas, la nariz recta, signo de voluntad y de perseverancia, la barbilla redonda, la boca proporcionada, más propensa a sonreír que a reír, descubriéndose un ligero aire de amargura en las dos rayas que, partiendo de los lados de la nariz, encuadran la boca. El conjunto revela bondad y finura. Por lo menos, ése es el retrato que se puede trazar de Flamel, según el grabado que se encuentra al comienzo de la historia crítica del abate Villain, y que era una reproducción de la estatua de Flamel que decoraba el pórtico

de Sainte Geneviève des Ardents. No obstante, deben existir otros retratos de Flamel, grabados o pintados, si damos crédito a los dos pasajes siguientes: «En tiempos de Borel, podía verse su retrato pintado [el de Flamel] en casa del médico señor des Ardres, representado como peregrino. Su gorro era de tres colores: negro, blanco y rojo». (*Dictionnaire de More-ri*). Y: «Existe un retrato de Nicolás Flamel, alquimista, grabado en Alemania y copiado después por Montcornet... El señor Brunet de Presles posee una serie de gouaches in-folio, pintadas hacia el fin del reinado de Luis XIV, y pueden verse entre ellas varios retratos de Flamel y una reproducción de sus jeroglíficos» (Artículo Flamel, por V. de Viriville, en el *Dictionnaire biographique de Hoeffer*).

En cuanto a Pernelle, representada en las figuras del Osario de los Inocentes, era un poco más baja que su marido, bastante esbelta, tenía facciones finas, regulares, y el rostro ovalado. Tales eran esos dos esposos, cuyas virtudes habían de ser recompensadas con el descubrimiento del prestigioso secreto de los filósofos.